

INTRODUCCIÓN

El 28 de enero de 1933 se celebraba en los salones del restaurante del Zoo de Berlín el tradicional baile de la prensa. Desde 1872, la asociación de los periodistas berlineses organizaba este acontecimiento que, cuando el imperio de Guillermo II estaba todavía en su apogeo, marcaba el final de la temporada de invierno. Tras la I Guerra Mundial, se recuperó la costumbre, pero el calendario de la buena sociedad no era tan estricto como en la antigua corte. El caso es que aquel 28 de enero de 1933 en la pista de baile podía verse a todo el Berlín mediático, artístico, diplomático y, por supuesto, político. El canciller Von Schleicher, dimisionario, no ha asistido, lo cual no impide que varios ministros comenten las informaciones del día con algunas de las personas a las que frecuentan desde hace años en los hemisiclos y las conferencias de prensa. Ocupan los reservados del primer piso donde los invitados más distinguidos pueden charlar discretamente. En la planta baja, la orquesta toca música de baile, desde vales hasta *jazz hot*. Un secretario de Estado le confía a un periodista del grupo de prensa Ullstein que el presidente Hindenburg se dispone a llamar a Adolf Hitler para encomendarle la cancillería¹. Esta solución permitiría salir del atolladero parlamentario de los gabinetes sostenidos únicamente por la presidencia y formar un gobierno respaldado por los nazis, los nacionalconservadores e incluso los demócratacristianos. La solución no le gusta, pero el juego político la exige, ya que Hitler se niega a figurar en ningún gobierno si él no es el jefe.

Ese mundillo de gente acomodada mira la política sin mayores inquietudes, confiando en cierta medida en la prudencia de sus

élites. Piensan que Hitler estará controlado y que su gobierno autoritario será provisional, como el de Von Schleicher, y traerá la recuperación económica y la paz social. El grupo Ullstein, propiedad de una familia de judíos conversos, no sospecha que ese acontecimiento significará su fin. Los periodistas judíos ya no podrán trabajar y dejarán de ser recibidos en sociedad. Los hermanos Ullstein tendrán que abandonar el negocio y vender a precio de saldo su patrimonio. Los del otro grupo de prensa judío liberal, Mosse, conocerán el mismo destino. Los judíos ya no se atreverán a caminar tranquilamente por la calle, a darse un paseo. Serán muy pocos los conocidos que todavía les saluden. La buena sociedad está cambiando y, en dos días, un acuerdo parlamentario que aparentemente no tiene mayor trascendencia hará temblar sus cimientos.

A última hora de la noche llegan los verdaderos juerguistas, esas modistillas del gran teatro del mundo que son el adorno indispensable de toda reunión. Entre ellos, una joven *script girl* de buena familia, Sybil Peech, que trabaja para la UFA. Se asombra al ver a tantos hombres con el uniforme nazi. Más bien se siente molesta, pues sus simpatías se inclinan hacia el comunismo. Tiene la vaga sensación de que ese baile de la prensa podría muy bien ser el último, como escribirá más tarde en sus memorias². Abandona pronto la fiesta para ir con algunas celebridades del teatro como Max Reinhardt, su mujer Hélène Thimming y Peter Lorre, el actor fetiche de Fritz Lang, a un bar del barrio West, Chez Lily. Lorre, que ya intuye su exilio hollywoodense, está furioso: «El color pardo nos invade». Los reyes de la noche acaban su recorrido con un sabor amargo en la boca.

En el periódico del día siguiente no viene aún la noticia del cambio de canciller, pero por la tarde algunos privilegiados que han asistido a la conferencia se llaman por teléfono. Göring, Von Ribbentrop y Von Papen tranquilizan a Hitler: todo está dispuesto para el nombramiento. Hacia el mediodía, el 30 de junio de 1933, los futuros miembros del Gobierno de Hitler son recibidos en el despacho del presidente Hindenburg para prestar juramento. Tras el anuncio oficial de la noticia, las personalidades eminentes del movimiento nacionalsocialista se reúnen. Los amigos de Hitler se agolpan en el vestíbulo de su hotel preferido, el Kaiserhof, mientras al pie de las ventanas la masa de los simpatizantes, miembros de la SA de uni-

forme y militantes de paisano, manifiesta a gritos su alegría. Hitler recibe las ovaciones y las felicitaciones. Se ha puesto de frac para la velada, y hasta lleva sombrero de copa para asistir al desfile de sus partidarios. El nuevo canciller del Reich no es un salvaje. Conoce las costumbres de la sociedad y sabrá adaptarse a sus usos, de la misma forma que ya domina su lenguaje para causar buena impresión.

Extraña transformación de un país en pocos días, curiosa metamorfosis del sentido común. El problema de la vida mundana bajo el nacionalsocialismo se halla condensado en esa brusca ficción de un cambio revolucionario convertido al cabo de pocas semanas en una norma tan profundamente interiorizada que es capaz de definir nuevas reglas para la competición social y la afirmación del éxito personal. Los excluidos de esa mutación apenas tienen tiempo de llorar su caída cuando ya un torrente de violencia los devora y engendra finalmente una masacre cuyo horror era hasta entonces impensable. Ahí radica el mayor enigma del nacionalsocialismo. La yuxtaposición de una sociedad que se cree heredera de los más altos valores de la Cultura con la explosión de una barbarie genocida.

Los alemanes de la alta sociedad, en particular, expresan la dualidad del nazismo para con sus beneficiarios y sus víctimas. Se ha estudiado a los ventajistas más célebres: Hitler, Göring, Goebbels, Himmler... Hay voluminosas biografías que destacan la existencia de algunas redes y señalan los acontecimientos característicos de ese ambiente³. Determinados grupos han sido objeto de monografías muy ilustrativas sobre el funcionamiento del régimen: los hombres de las SS, los de la seguridad del Reich (Reichssicherheits-hauptamt, RSHA) o de las Gestapo, los diplomáticos, los oficiales⁴... Las mujeres de los dirigentes también han inspirado numerosas publicaciones cuya calidad varía según los autores⁵.

La polémica marxista hizo que durante mucho tiempo se abandonasen las instituciones y se interrogase a amplias capas de la población⁶. El gran capital y la burguesía eran según los comunistas los responsables de ese cataclismo. No, respondían los historiadores liberales, que veían en el fenómeno fascista el triunfo de unas clases medias amenazadas por la proletarización. Más sutiles, algunos como Franz Neumann veían ese régimen caótico como una coalición de varios bloques, el del partido, el del ejército, el de la administración y el del capital. La disputa se encalló al suscitarse el tema de

si eran válidos o no ciertos conceptos importantes: ¿el nazismo fue un totalitarismo o un fascismo? ¿Acaso no correspondía al esquema teórico del primero, pese a reivindicar el estilo del segundo? Los lectores adivinaban que detrás de estos enfrentamientos entre autores lo que había eran opciones políticas. Víctimas de sus prejuicios, muchos historiadores no se tomaron la molestia de estudiar los verdaderos grupos constituidos que favorecieron efectivamente el acceso y el mantenimiento en el poder de aquel extraño régimen⁷.

Hubo que esperar a 2003 y a la publicación de la gran tesis de Stephan Malinowski para leer un estudio detallado acerca del lugar que ocupó la nobleza en los aledaños del poder, desde la fundación del imperio en 1871 hasta el final de la II Guerra Mundial⁸. El autor demuestra con una precisión de orfebre no sólo las ventajas de que gozaron las grandes familias, sino también el papel de laboratorio intelectual que ese medio desempeñó para la extrema derecha alemana, y cómo la idea nacionalsocialista seguía imperando entre los oponentes de última hora que intentaron matar a Hitler el 20 de julio de 1944. Así es como este minucioso trabajo de investigación sacó del limbo de la historia política y social a una categoría durante mucho tiempo eminente e indispensable para entender el funcionamiento del poder, y ello modificó profundamente la percepción del nacionalsocialismo.

Así pues, la ingente bibliografía sobre la Alemania nazi, la II Guerra Mundial y la *shoah* puede presentar asombrosas lagunas que sólo una lectura historiográfica permite comprender. Es lo que ocurre con la vida mundana, ese tema tabú, considerado infamante por la generación de la posguerra que conocía demasiado bien las fabulosas ventajas que el régimen ofreció a sus hijos pródigos. De ahí que no se tocara. En aquella época valía más desencantar al monstruo describiendo su violencia y reeducar a la población alemana para la democracia pacífica. Sin duda, la existencia de los regímenes comunistas tuvo el efecto de atemperar la lectura de una continuidad en el tiempo entre las élites del Tercer Reich y las de la República Federal. ¿No era acaso la Alemania del Este la que producía documentales para denunciar a los ministros de los gobiernos de Adenauer que habían servido en las SS? En ese contexto, los historiadores dejaban de lado todo lo que pudiese sugerir una connivencia con el nazismo. La competencia pasiva de los historiadores no ignoraba la

atracción «positiva» que ejercía el régimen sobre las élites, pero no hablaban de ella para evitar dar cuerpo a una nostalgia peligrosa en aquellos tiempos de guerra fría. El silencio se prolongó por razones similares durante las décadas siguientes. Los caminos seguidos por la historia acabaron haciendo olvidar lo que al principio había sido un saber implícito. La sucesión de las generaciones de historiadores fue una especie de factor descalificador. Fue necesaria la polémica entre historia social y *Alltagsgeschichte* (historia de la vida cotidiana) para que volviesen a escena unos problemas relacionados con la historia cultural y para que se plantease indirectamente la cuestión de la atracción que el régimen ejerció sobre aquellos que lo conocieron⁹. Peter Reichel desempeñó finalmente un papel de catalizador al subrayar la complejidad de los mecanismos utilizados para seducir a las masas¹⁰. Rompía con una estricta lectura propagandista y manipuladora del régimen apoyándose ampliamente en la perspectiva abierta por George Mosse de una pedagogía nacional que condujo a una religión política¹¹. Quedaba la cuestión de las élites, que ha sido planteada recientemente a través del prisma de la economía por una generación de historiadores tan provocadores como competentes, entre ellos Frank Bajohr, Götz Aly o, en el terreno del arte, Jonathan Petropoulos¹².

La ausencia de una reflexión de conjunto sobre las relaciones mundanas se debe sin duda a otra resistencia del mundo historiográfico¹³: el miedo y el desprecio por la «pequeña historia». Hablar de forma muy intimista de los políticos ha sido considerado durante mucho tiempo como una tarea de simple descripción, incapaz de explicar el fondo de las cosas, las causas principales. La «pequeña historia», que tanto entusiasmaba a los periodistas y a los moralistas, se limitaba a descripciones o narraciones breves e ignoraba los grandes factores sociales. Era insignificante. Ahora bien, estos últimos años ha habido autores que han sabido insertar estas aparentes anécdotas en gavillas de explicaciones esenciales, a menudo relacionadas con la historia cultural, y a veces con la antropohistoria. Incluso Ian Kershaw, en su biografía de Hitler, se divierte con citas y detalles cuya dimensión emblemática no escapa al lector.

El estudio de la vida mundana se inscribe dentro de estas perspectivas de renovación del análisis de lo político a partir de las cuestiones primordiales para el estudio de las organizaciones humanas:

la familia, el intercambio y, naturalmente, el poder. Se comprende así que cuando se estudia la vida mundana bajo el nazismo no es sólo para ver cómo se trenzaron las pasiones en una época de violencia y de tensión sin igual en la historia humana, sino también para poner en evidencia algunos rasgos recurrentes en la composición y el funcionamiento de las sociedades políticas. No deben perderse de vista la dimensión comparatista y la historia cruzada para comprender el interés de reflexionar sobre el nazismo en los albores del siglo XXI¹⁴. El nacionalsocialismo forma parte de un proceso de fascistización de Europa y de quebranto de las democracias a causa de la política de masas. Participa en la génesis de esas religiones políticas extremas que son los totalitarismos. Su historia manifiesta rasgos duraderos del comportamiento político y social. ¿Acaso no se perciben aún ciertos aspectos escandalosos de esa época en nuestras democracias avanzadas?

Porque el nazismo no fue, ni mucho menos, un simple régimen impuesto por la fuerza¹⁵. Mucho más que la violencia, fueron sus métodos de seducción los que le permitieron imponerse y mantenerse. Sin caer en la caricatura, se puede afirmar en voz bien alta y clara que la *shoah* no habría sido posible sin esa profunda ilusión de que el régimen mejoraba la vida de la mayoría de la población. Ahora bien, en aras de ese mayor bienestar, las élites estaban dispuestas a sacrificar a una parte de esa población, los judíos, en quienes veían un obstáculo para la realización de la comunidad nacional perfecta. La destrucción física de ese obstáculo era la garantía de la felicidad.

El poder nazi, que se impuso enseguida y fue fluctuante en su funcionamiento, tenía la misma flexibilidad para adaptarse a los conflictos que los regímenes anteriores en los que se cruzaban tantas formas de legitimidad. En cuestiones tan capitales como la aplicación del genocidio intervinieron grupos y administraciones de lo más variado (SS, Gestapo, policía, Wehrmacht, Reichsbahn, Reichsbank, Asuntos Exteriores, empresas de material de oficina e industria...), cuya coherencia se mantenía gracias a las relaciones interpersonales y a unas formas de jerarquía dependientes en gran parte de la reputación de un individuo entre sus semejantes.

Dentro de este sistema, Hitler ocupó un lugar formidable. Pero todo el mundo sabe hoy que sus decisiones no podían ser contra-

rias a la voluntad de ciertos jefes que gozaban, si no de total impunidad, por lo menos sí de una confianza recíproca que los amparaba frente a terceros. Sobre todo, el Führer tan sólo podía actuar en la medida en que sus actos fuesen consensuados por la mayor parte de las élites y tuviesen continuidad localmente. La comparación con la monarquía del Antiguo Régimen y el concepto de regresión histórica resultan útiles para estudiar este fenómeno, que sin embargo es de un género nuevo en el siglo xx. La gestión cotidiana del poder, en efecto, está muy influida por la presencia del clientelismo y el nepotismo en un sistema que no tiene nada que envidiar al de la sociedad cortesana¹⁶. Hitler fue una especie de Luis XIV sin Versalles. Tuvo el boato, los cortesanos, las peleas entre príncipes y las extravagancias de un soberano, hasta en su acelerado envejecimiento. Su pasión por lo colosal no lo llevó a construir una corte gigantesca, sino más bien a transformar el país entero en una serie de círculos cortesanos en los que podía navegar a su antojo, encontrando por todas partes el celo obsesivo de las masas y de los jefecillos que habían abrazado su proyecto como algo que caía por su propio peso.

La vida mundana era muy anterior a él. Todavía no se había inventado el nacionalsocialismo cuando las cortes principescas y las grandes familias patricias, representantes de las finanzas, el comercio y la industria alemana, establecían esos lazos particulares hechos de encuentros y reconocimiento que constituyen la sal de la alta sociedad. Pero el Tercer Reich marca un cambio esencial. En ese periodo incierto para la clasificación de la sociedad en categorías, representa el momento en el que se produce realmente un «descenso» de la vida mundana¹⁷. Un descenso social, primero, ya que ahora las profesiones intermedias y los mandos, e incluso ciertos subalternos, se consideran relacionados directa o indirectamente con la buena sociedad y pretenden pertenecer a ella en numerosos aspectos de su existencia: prácticas culturales, ritmos de vida, representaciones. Sí, la literatura, el cine y la prensa han contribuido a difundir una temática mundana y han creado émulos de esa estética particular. Después se ha producido una abertura cuantitativa, ya que con la multiplicación de los actos sociales y la ampliación del número de invitados previstos en esas ocasiones, la población afectada por la sociabilidad es más nume-

rosa que antes. La vida mundana se convierte así en un laboratorio social plural, y ese cambio corre parejo con una forma de politización generalizada que va acompañada de una concentración sin precedentes del poder.

La mundanidad no debe entenderse pues como una especie de hálito ligero, un tintinear de copas de champán (Ribbentrop fue representante de varias marcas de champán antes de entrar en la diplomacia) sobre un fondo de trajes de noche y esmóquines, sino más bien como una serie de consideraciones sobre el destino humano y esos famosos sonajeros que gobiernan el corazón de los hombres, como decía Napoleón. Lo mundano expresa la capacidad de un poder para vivir con las élites de su país, para realizar una síntesis entre el principio del poder y el del placer¹⁸. Y placeres, bajo el nazismo, los hubo.

Ser mundano es participar indirectamente de un poder por coalescencia, recibir una parte de sus beneficios, y aprovechar su sombra para disimular sus ventajas. Pero la esencia de lo mundano no radica sólo en el trato con el poder, que le da sus contornos. También depende de ciertos principios de actuación y convivencia. Convertirse en un hombre o una mujer de mundo supone realizar tareas concretas que caracterizan a un individuo a los ojos de los demás, entrar en círculos en los que se habla y se actúa¹⁹. Estos códigos de selección no son inmutables, aunque compartan características como las formas y la cortesía, que son una herencia remota de la sociedad cortesana. El hombre de mundo nazi no era igual por lo tanto al de la República de Weimar. Sin embargo, si lo miramos más de cerca, observamos que existe una continuidad entre esas dos épocas cuyo origen se halla sin duda en la necesidad para ambos regímenes de enfrentarse a la cultura de masas entonces en plena expansión. La vida cultural y las formas colectivas de consumo están en simbiosis con el poder, antes y después de 1933. Gracias al poder, los actores y el mundo del espectáculo amplifican sus éxitos comerciales con un peso simbólico sin precedentes. Las estrellas se convierten en autoridades morales. En cuanto a los dirigentes del partido, se benefician de rebote de la presencia y la nueva legitimidad de la farándula. También son notables las continuidades que se observan con el Imperio guillermino: las antiguas cortes soberanas de los príncipes federados en 1871 sobreviven a pesar de las prohibi-

ciones dictadas por la República de Weimar. La familia de Baviera es determinante para entender cómo vive la buena sociedad en la Alemania meridional. Sus bodas y cumpleaños siguen siendo acontecimientos sociales a los que se invita a parientes de toda Europa, así como a las cabezas coronadas del Viejo Continente. Las costumbres nobiliarias son omnipresentes y todavía tiñen la vida mundana de la década de 1930. Es más, constituyen su columna vertebral, con el pensamiento caballeresco que el ideal nacionalsocialista hereda. Las SS concretamente pretendían formar una nueva aristocracia y se inspiraron para ello en la nobleza. Para marcar esa filiación crearon unos destacamentos de caballería (Reiter SS) ya a principios de la década de 1930, y reclutaron abundantemente en los castillos.

No obstante, la ruptura entre el antes y el después de 1933 es innegable²⁰. Tras el acceso de Hitler al poder, las relaciones mundanas son distintas. Conocen momentos de auge explícitamente relacionados con la ideología nacionalsocialista, y la cohabitación de las élites se efectúa en nuevos ambientes, que favorecen el culto al jefe, principalmente porque ese régimen totalitario pretende realizar una fusión entre las élites y las masas en el seno de una comunidad constituida por el pueblo. El régimen intenta varias veces materializar ese proyecto, al calor sobre todo de la guerra. ¿Lo consigue? Ésta es la primera pregunta que se plantea el historiador.

La ruptura también es muy sensible en lo que se refiere al tema de la estética y el estilo. Después de 1933, los colores de la vida pública y de la vida privada cambian. La bandera con la cruz gamada, que se convierte en el emblema oficial de Alemania en 1935, se adueña del paisaje, los colores negro y pardo de los uniformes nazis adornan las calles junto con el verde gris de los militares y los diplomáticos, cuyo uniforme diseña Hitler personalmente. Luego, al rebufo de la ola de virilidad que todo lo invade, se imponen un estilo seco y brutal en las relaciones laborales y una forma de hablar de la política, incluso en los círculos familiares, teñida de una rara violencia. Esta radicalización del verbo y de los actos se insinúa progresivamente en los códigos sociales y autoriza comportamientos que parecen una regresión comparados con la elegancia de los medios refinados de la Belle Époque. Finalmente se interioriza y se traduce en unos símbolos, como la cruz gamada, que son el signo de la supuesta pureza originaria de los antiguos

germanos, cuya omnipresencia revela la amplitud del cambio que se ha producido. Entre la continuidad histórica y la ruptura, el historiador se enfrenta aquí a una de las preguntas más antiguas del debate sobre el nazismo y sobre la singularidad de ese régimen en la historia del siglo XX.

Este libro intenta responderla de forma matizada, insistiendo en los desfases y señalando de vez en cuando la persistencia de prácticas más antiguas. Recusa las categorías y las clasificaciones omnicomprensivas (burguesía, clases medias...), porque a la historia social no le aportan nada las simplificaciones. A fuerza de apostar por las definiciones y las taxonomías, la historiografía puede acabar perdiendo de vista acontecimientos decisivos y maneras de ser fundamentales para entender lo que pasó en Alemania entre 1933 y 1945.

Esta mirada sin duda no es indiferente al hecho de que el autor no sea alemán y proceda de una historiografía en la cual el tema de la vida mundana y la vida privada ha ocupado un lugar fundamental desde los trabajos de Philippe Ariès y Georges Duby²¹. La vida mundana, en efecto, no es un concepto histórico alemán. La palabra *mondän* en alemán es más bien peyorativa. Tiene una connotación de frivolidad. La expresión se entiende, pero lo que evoca es una serie ininterrumpida de actos y celebraciones intrascendentes. Más a menudo, para referirse a esos grupos y a sus actividades, los que no forman parte de ellos hablan de la «alta sociedad» (*hohe Gesellschaft*) y de la «buena sociedad» (*feine Gesellschaft*); y los que sí forman parte de ellos, de la «sociedad» sin más. La noción de «mundo» tiene un sentido comparable al del francés, es decir buena sociedad. En el periodo de entreguerras la palabra que muchas veces se utilizaba, con una connotación negativa, para designar a ese grupo era *Prominenten*, abreviado en *Promi*, literalmente «los de arriba», que podríamos traducir mejor por el término «poderosos». Frecuentemente empleado por la extrema derecha antes de que se le aplicase a ella cuando llegó al poder, el término *bonzo* tiene una connotación muy crítica. Era humorística otra expresión que se usaba para designar a los peces gordos del partido, cubiertos de condecoraciones y medallas: «un faisán dorado». La sociabilidad podría ser un concepto alternativo puesto que en alemán hay dos palabras que tienen un significado muy próximo. Una deriva

directamente de esa raíz (*Sozialibilität*), y la otra es más antigua y evoca el refinamiento en las costumbres (*Geselligkeit*). Para designar una actitud un poco retrógrada, se hablaba también de una persona *Kuk* (*Kaiser und König*, una expresión que remitía a la época anterior a 1914). La idea de «corte» no basta para dar cuenta del carácter especial que revisten las relaciones en el seno de la alta sociedad bajo el nacionalsocialismo. El uso de ese término implicaría limitar demasiado el estudio a unas determinadas estructuras instauradas por Hitler para regir su entorno más inmediato. No insiste lo suficiente en el núcleo del problema: la subordinación indirecta y la relación interpersonal.

En Francia la expresión *vie mondaine* tiene su origen en la distinción entre los clérigos y los laicos. Las personas apegadas a los bienes de este mundo acabaron representando a quienes podían cultivar su existencia asistiendo regularmente a los acontecimientos de la corte y de la alta sociedad. De ahí que la vida mundana pueda definirse en la época contemporánea como un conjunto de lugares, momentos, acontecimientos, prácticas y representaciones de carácter no exclusivamente profesional, propios de la gente de mundo. El que sólo vive dentro de esta óptica se convierte en mundano, con un matiz de abandono de las cosas importantes, las que requieren esfuerzo y rigor moral. La vida mundana no puede pues reducirse a la vida cultural, aunque a veces coincida con ella.

En su complejidad y su ambigüedad, el concepto de vida mundana presenta la ventaja de subrayar la importancia de las relaciones humanas y su efecto determinante sobre los individuos. Supone unos acontecimientos que reúnen a hombres y mujeres; implica unas infraestructuras materiales y unas prácticas culturales; define una frontera entre la alta sociedad y los demás ciudadanos. Permite sobre todo reflexionar acerca de los confines entre espacios públicos y vida privada, sin apriorismos, pues de lo que se trata es de ver la imbricación de uno y otro. Así se acota un terreno en el que se mueven los hombres y las instituciones y, por consiguiente, se actualizan las jerarquías y las complicidades. La idea de vida mundana también supone que la naturaleza de aquello que une a los actores no es unívoca. Hitler lo sabía mejor que nadie, y manejaba toda clase de resortes para asegurarse la fidelidad.

Hay cuatro elementos que parecen haber forjado solidaridades duraderas tejiendo lazos entre la alta sociedad y el poder. El primero es el interés, en su acepción material principalmente. La búsqueda de la fortuna y la acumulación de bienes llevaron a muchas personas a alinearse con el régimen nazi, que se lo pagó ampliamente. Es un tema conocido, que en este libro ilustramos a través de formas de vida, donaciones²² y ventajas fiscales, todo ello respaldado por documentos inéditos que hemos descubierto. También se ha estudiado abundantemente la pasión ideológica²³, que es muy pertinente para descubrir la motivación de algunos protagonistas que actúan movidos por una verdadera fe²⁴.

Se suelen mencionar menos los dos argumentos siguientes, aunque aparecen en cuanto se toman en cuenta los afectos. Están primero las emociones colectivas, esos fenómenos estructurantes que provocan las reacciones colectivas ante un determinado acontecimiento y que se inscriben en la memoria de los hombres socializando su espíritu. Las emociones y la memoria colectiva sirven para forjar identidades de grupo y de generación. La derrota de 1918, las revoluciones y las represiones ejercieron una influencia considerable en muchos sectores de la sociedad alemana, al igual que los éxitos de Hitler en política exterior. La paleta de las emociones consideradas no se limita a la alegría y al miedo, cuyas manifestaciones no son nada ambiguas para los testigos²⁵. Y por último se imponen los afectos personales, cuya importancia adivina el historiador al observar a parejas o amigos que no conocen la traición pese a la evidencia de los intereses materiales por los que compiten. Aquí hay que tener muy en cuenta la dimensión, tantas veces señalada, del carisma que poseía Hitler²⁶. Porque Hitler o Göring saben despertar auténticos afectos, sentimientos de gratitud y de deseo, así como una simpatía de la cual sus contemporáneos se hacen eco.

Este libro propone al lector mirar el poder nazi en el escenario, en su aparente solemnidad, pero con los ojos de las personas que viven esos acontecimientos, evaluando sus motivaciones. También le invita a observar entre bastidores, allí donde se preparan las conversaciones y se establecen los pactos entre los miembros de las élites para repartirse cargos y prebendas.

El proyecto es volver a una historia del detalle, evocadora, una historia que llama la atención sobre fenómenos pequeños pero muy

reveladores, una historia que es curiosa y que evita imponer conclusiones y lecciones que el lector puede sacar por sí mismo. Hace falta una mirada nueva, una ojeada transversal a unos acontecimientos que demasiado a menudo se han presentado huérfanos de la secuencia en la que se integran, cuando es evidente que contienen una parcela de verdad indispensable para formular una interpretación. Desde la entronización de la microhistoria, los historiadores saben bien que el detalle se ha convertido en la unidad mínima a partir de la cual se comprende una época²⁷. El primer plano, en el cine, sirve para plantear el drama personal y resumir la complejidad de una escena²⁸. En un cuadro, una escena cómica marginal nos da a veces el sentido profundo de la obra, como decía Daniel Arasse²⁹. La descripción por lo tanto no es una herramienta neutra. Activa una teoría de lo social, como muy bien ha expresado el antropólogo Clifford Geertz al crear el concepto de «descripción densa»³⁰. Para comprender el nazismo, había que exhumar detalles, hechos puntuales, casos particulares, desdeñados durante demasiado tiempo, víctimas de la poderosa sombra proyectada por los acontecimientos políticos, militares y criminales.

Para ello, se utilizan documentos originales, a menudo inéditos, que han permanecido sin explotar en unos archivos sin embargo muy visitados. Son los archivos de Estado del Tercer Reich, los del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, los del Partido Nazi, los de la desnazificación, muy complejos, además de los fondos iconográficos y de los periódicos de la época. Estas fuentes no son neutras. Su conservación como tal ya plantea un problema. ¿Por qué, pese a la destrucción masiva de archivos a causa de la guerra, han llegado hasta nosotros tantas cartas, postales, planos, listas de participantes y tarjetas de invitación para cosas tan fútiles como una cena, un desayuno o el estreno de una película? ¿Por qué se han guardado los folletos de una ceremonia donde se precisa qué atuendo y qué condecoraciones tienen que llevar los invitados? ¿Por qué se ha conservado la distribución de los invitados en el convoy de coches que salía de vacaciones hacia la residencia de Hitler en la montaña? Sencillamente, porque estos actos no eran insignificantes para el régimen. En estas ocasiones se renovaba y se afirmaba la alianza entre los distintos grupos que se inscribían en la relación de poder y que se autoproclamaban dominan-

tes. Los testimonios publicados después de la guerra por la mayoría completan el panorama. Son fuentes ricas en detalles sobre la evolución de las costumbres. Ofrecen al historiador curiosas confesiones sobre lo que fue la mentalidad antes de la *shoah*, en la época en que se podía tranquilamente hacer la vista gorda ante los expolios y liquidaciones en masa, ya que todo el mundo aceptaba que se persiguiera a los judíos y a los gitanos, se despreciara a los polacos y a los checos, se esterilizara a los discapacitados y se internara en campos de concentración a los homosexuales, los oponentes políticos, los marginales o los delincuentes.

Es preciso extender la definición del nazismo hacia la alta sociedad. Porque de ella se trata, de la alta sociedad, un concepto cuyos contornos son vagos, difícilmente comparables a los de la *high society* inglesa, pero que adquiere mayor consistencia cuando se traduce en objetos concretos como una lista de invitados, por ejemplo, y que hay que delimitar midiendo la frecuencia con la que se asiste a fiestas, conciertos o representaciones teatrales, a una noche de estreno, mirando quién mantiene correspondencia con quién, y evaluando la densidad de las relaciones interpersonales. Surge así un grupo de hombres y mujeres que participan en la vida mundana de forma más o menos constante y regular. Son los que constituyen el gran mundo del Tercer Reich.

Unas palabras sobre el término «élite», que tan a menudo utilizamos aquí en plural. La palabra no tiene en esta obra ningún valor normativo o positivo. No significa una especie de oscura clase surgida arbitrariamente de la literatura liberal para prescindir de la lectura marxista. Las élites representan algo más concreto. Se trata de todos los que tienen éxito en su actividad profesional y social y, gracias a ese éxito, contribuyen directa o indirectamente al ejercicio del poder. Ésta era un poco la perspectiva de Vilfredo Pareto, aquel sociólogo italo-suizo que acabó encontrando el fascismo tan conforme a sus teorías que se adhirió a él³¹. Era por tanto la persona indicada para dar una descripción de los mecanismos sociales que permitieron su triunfo. Según Pareto, todas esas élites profesionales entraban en competencia para acceder al gobierno. Un régimen se caracterizaba por una cierta coalición de determinadas élites que, conjuntamente, formaban la clase política. Si emergía una nueva élite, cambiaban la coalición y la forma

del gobierno. Esta circulación de las élites en su dimensión mecanicista tiene sus límites para el sociólogo. Es un modelo más descriptivo que predictivo. Pero presenta la ventaja de romper con las generalidades e incitar al historiador a mirar de cerca quién hace qué, cómo y dónde³².

Aparece otra historia del nazismo cuya dimensión antropológica esencial, si bien se mira, explica en parte su desarrollo. Viene a completar esa antropología histórica del nazismo que tan bien ha estudiado los paradigmas de la raza y la sangre, así como los de la violencia³³. En una palabra, se nos invita a contemplar un banquete. Ese banquete duró doce años, casi una generación, pero era la parte complementaria del crimen que se cometió en un tiempo bastante corto bajo el nombre de genocidio. ¿Qué es la vida mundana sino el gigantesco banquete del sacrificio salvaje que los nazis celebraron con tantos hombres, y en primerísimo lugar con los judíos? Con esta afirmación no se trata de volver a la antigua teoría del chivo expiatorio cuyos límites ya demostró Hannah Arendt, sino más bien de decir que los aspectos festivos están intrínsecamente ligados a la perpetración del asesinato en masa³⁴. La relación entre el banquete y el sacrificio es un tema tradicional en etnología, y sin duda nuestro trabajo le debe mucho a la idea que se formó Maurice Bloch de la interrelación entre estos dos momentos: son dos instancias de un mismo ritual cuyo objetivo es fundar la comunidad de los hombres³⁵. Ahora bien, vista de cerca, la vida mundana unió a la alta sociedad alemana, tanto como su participación, voluntaria o tácita, en la ejecución de los crímenes que, según creían muchos alemanes, garantizaban su perpetuación.

Estudiar la vida mundana es pues también pensar el crimen desde la otra cara de la moneda, la del asesino. Este ejercicio es indispensable para tomar la medida de sus actos y comprender cómo fue posible su indiferencia ante el sufrimiento ajeno. La extraña relación entre banquete y sacrificio, banquete y masacre, explica en parte esa actitud. Esa creencia animaba a los hombres de la década de 1930. Estaban inmersos en una mitología variorpinta exaltada por los dirigentes nacionalsocialistas. Las divinidades nórdicas, por ejemplo, invitaban a los guerreros difuntos a un gran banquete presidido por Odín. ¿Acaso el nazismo no pretendía crear el paraíso en la tierra? En la tierra cristiana, la Santa

Cena ¿no recuerda acaso que la muerte es necesaria para la creación de la comunidad? Finalmente, ¿no se enseñaban como ejemplos en los institutos desde finales del siglo XIX los sacrificios de los espartanos frente a los persas o de los cartagineses frente a los romanos? El gran helenista que fue Gebhard Himmler, padre de Heinrich Himmler (jefe de las SS), director del mejor instituto de Múnich en la década de 1920, ¿no les enseñó acaso a sus alumnos el sacrificio descrito por Polibio de la mujer de Asdrúbal, que estranguló a sus hijos antes de echarlos al fuego y precipitarse ella misma a su vez para borrar la traición de su marido³⁶? Banquete, masacre de los otros y consunción de uno mismo formaban parte de una concepción escatológica del mundo que implicaba complacerse en la victoria y en la destrucción del adversario, y si no perecer para mantener vivo un principio³⁷.

Estas crueles representaciones formaban parte de los sobrentendidos del universo mundano. Acotaban su espacio: el mundo de la buena sociedad acaba allí donde empieza el mundo impuro de la sangre³⁸. No obstante, ocasionalmente, los oficiantes olvidaron su obligación de purificarse, de lavar las huellas del crimen, de borrar los restos de las víctimas o de quitarse el traje de etiqueta y, entonces, sembraron la confusión, se produjeron desbordamientos de un espacio al otro. Por eso el historiador puede percibir hoy cómo los dos fenómenos se imbrican y se alimentan, cómo los propios contornos de la fiesta dependieron de la crueldad de las soluciones por las que optaron los nacionalsocialistas.

El lector, sin duda, ha comprendido que, si bien el nacionalsocialismo fue un producto de la política de masas, una formidable máquina para movilizarlas, hacerlas cómplices de sus crímenes y recompensarlas, los principales protagonistas fueron las élites. De no ser por el cinismo de estas últimas, la historia no habría tenido unos tintes tan dramáticos. El fantasma de un goce ilimitado habría tropezado con el marco de un poder democrático. El banquete habría sido más modesto y la cocina de los dioses no habría engendrado tantos sacrificios humanos.

El drama empieza en 1933, pero el teatro es más antiguo. La trama, cuyos momentos más destacables refleja la organización del libro, es la siguiente: la buena sociedad recibe a los miembros

turbulentos del NSDAP en sus salones inmediatamente después del final de la Gran Guerra (cap. 1), y se apasiona por su estilo provocador. Respalda a ese partido que, durante un tiempo, parece propugnar un retorno a la monarquía y que ellos creen útil para defender su ideal. Seguramente ese ambiente favoreció de forma directa y sin aspavientos el acceso al poder del nazismo, confiriéndole un rostro humano (cap. 2). Después de 1933, se instaura un sistema de donaciones e intercambios que sirve para crear una auténtica alta sociedad, muy pronto manipulada por una burocracia cuya misión es gestionar manifestaciones de adhesión y evaluar retribuciones simbólicas para todos aquellos que solicitan ser reconocidos (cap. 3). Podemos ver así cómo se estructuran tres círculos de sociabilidad de manera concéntrica a partir del núcleo del poder político representado por la cancillería del Reich. La destrucción de la alta sociedad judía es el corolario de esa mutación. Traduce la coherencia entre el proyecto ideológico nazi y su acción social. El expolio de los bienes judíos asegura de forma duradera la fortuna de los pupilos de Hitler (cap. 4). Estos últimos intentan vivir con un lujo acorde con su estética y su doctrina (cap. 5). Modifican sus hábitos bajo el efecto del totalitarismo y se apoyan sobre todo en el NSDAP para crear signos de excelencia y de distinción que manifiesten ante todo el mundo la evolución del régimen (cap. 6). También la diplomacia se ve afectada por ese movimiento (cap. 7). Es objeto de una estrategia de seducción con el propósito de enmascarar las ambiciones imperialistas del Reich y crear corrientes de simpatía en el extranjero, que habrían de ser el embrión de una quinta columna con conexiones en el más alto nivel. Por último, la II Guerra Mundial amplifica y pone en peligro el proyecto de fusión de las élites (cap. 8). Instaura una alta sociedad que sigue marcada por la experiencia de la derrota sin haber analizado jamás en profundidad su parte oscura.